
WARHAMMER
40,000
CUANTO MÁS GRANDES SON....
UN RELATO DE CIAPHAS CAIN POR
SANDY MITCHELL

CUANTO MÁS GRANDES SON…

***"The Bigger They Are"* por Sandy Mitchell**



SOLO PERSONAL AUTORIZADO



TRADUCCIÓN Y CORRECCIÓN DEL MANUSCRITO:

ERUDITO ESCRIBA CARACTACUS MOTT



Si algo he aprendido durante los años que he pasado vagabundeando de un lado a otro de la galaxia, es de que la gente tiene una capacidad casi infinita para encontrar nuevas formas de divertirse, y de entre todas ellas siempre son los deportes, de un tipo u otro, los que siempre copan la cabeza de cualquier lista. A menudo he agradecido mi paso por los campos de juego de la schola progenium, dado que salir corriendo al tiempo que uno esquiva al enemigo han sido habilidades que me han resultado sorprendentemente útiles a lo largo de los años, aunque debo reconocer que desde que me fue entregado el fajín escarlata en la graduación, mi interés por tales deportes ha tendido a limitarse tan sólo a aquellos en los que se puede apostar. Y pocos espectáculos de ese tipo me habían resultado tan extraños como el que estaba presenciando en aquellos precisos momentos, desde el palco privado de la gobernadora planetaria, en la grada superior del estadio de ingravbol de la ciudad capital de Traego.

El ingravbol gozaba de una popularidad que rayaba la obsesión entre la población local, aunque me parecía muy difícil que pudiera ponerse de moda en algún otro lugar, dadas las prodigiosas cantidades de energía requeridas para energizar las placas de gravedad del estadio. Los jugadores de ambos equipos se lanzaban a través de la zona de ingravidez creadas por las placas. Se impulsaban desde la pared transparente del perímetro del estadio, desde el mismo suelo y contra otros jugadores, en un intento de hacerse con el control del balón y lanzarlo para que acabara pasando a través de las porterías situadas a intervalos de sesenta grados, situadas alrededor del campo circular. Cada vez que alguien lo conseguía, el balón caía a plomo unos cuantos metros directo hacia el suelo, lo cual me resultaba ligeramente alarmante, dado que ninguno de los jugadores era capaz de cambiar de dirección desde el instante en que pateaba el balón y el momento en que volvía a alcanzar alguna superficie sólida.

-¿Qué sucedería si alguien es arrastrado por campo gravítico que hace caer la pelota?-, preguntó la coronel Kasteen, a quien evidentemente se le había ocurrido la misma idea, y la gobernadora enarcó una ceja lánguidamente.

-No pasaría nada-, nos aseguró, cogiendo una copa de alguna bebida local ligeramente fría y señalando vagamente en la dirección del jugador más cercan**o-. Esas pequeñas mochilas que llevan no son sino repulsores personales. Casi nunca fallan. Oh… ¡bien jugado!-.** Comenzó a aplaudir por reflejo, olvidándose de la bebida que tenía en la mano y derramando más de la mitad de la misma, lo que en mi humilde opinión, tras haberlo probado, no resultó un gran desperdicio. Después de degustar cautamente un sorbo de tal brebaje en la recepción del palacio celebrada al poco de nuestra llegada, no había vacilado en decantarme por la jarra de amasec en cuanto nos ofrecieron un refrigerio.

-Muy tranquilizador-, dijo Kasteen, fingiendo estar interesada en el juego, aunque la conocía lo suficiente como para saber que la mayor parte de su atención estaba puesta en el pinganillo del vox que tenía en el oído, y en los periódicos informes que iba recibiendo desde el cuartel general del regimiento.

El 597º llevaba ya un par de meses en Traego, limpiando los restos de un intento de golpe de estado perpetrado por un primo de la gobernadora, tan inepto que ni siquiera se había molestado en intentar poner a la milicia planetaria de su lado, esperando que se pusieran de su lado en cuanto anunció su pretensión al trono. Una expectativa que resultó ser tan terriblemente decepcionante para sus aspiraciones que, para cuando nuestra nave de transporte, urgentemente desviada de su curso, llegó a la órbita planetaria, tanto él como sus compinches ya habían sido ejecutados. Por lo tanto, lo único que quedaba por hacer era acabar con los pocos insurgentes que habían tenido la sensatez de retirarse mientras habían tenido la ocasión, y que seguían molestando

con incursiones de guerrilla, que por otro lado nos indicaban claramente la localización de sus escondites.

En definitiva, nuestra breve estancia en este atrasado mundo estaba resultando ser lo más parecido a unas vacaciones que nadie en el regimiento podía recordar, y teníamos la intención de aprovecharlas al máximo; no me cabía duda de que muy pronto el Munitorum nos encontraría una guerra donde nuestros talentos podrían ser mejor aprovechados.

Me aparté de la frenética acción que teníamos ante nosotros para echar un vistazo a la ciudad, los bloques habitacionales y las factorías que bordeaban la bahía brillaban bajo el sol de la media tarde, y el océano más allá del puerto centelleaba cuando la luz se reflejaba en las puntas de las olas, siempre cambiantes. No había ni un cráter de proyectil ni un vehículo quemado a la vista. Dado que no estaba acostumbrado a ver una ciudad prácticamente intacta, di un pausado sorbo a mi amasec, mientras paladeaba tal novedad.

Fue en ese momento cuando el pinganillo de mi comunicador vox decidió dar señales de vida.

-*Coronel, Comisario-,* nos saludó la inconfundible voz del comandante Broklaw, el segundo al mando de Kasteen**-*. Hay algo extraño en el auspex.***



-Disculpad que os haya interrumpido-, comentó Broklaw en cuanto entramos en el puesto de mando**-, pero pensé que debíais ver esto.**

-Bien pensado, - le aseguró Kasteen, entrecerrando los ojos ante la extraña información que aparecía en la pantalla del auspex**-. ¿Qué demonios es eso?**

Miré por encima de su hombro y me encogí de hombros.

-No tengo ni la menor idea-, admití**-. No es una nave, esa señal no es lo suficientemente fuerte-.** Cualquier objeto metálico reflejaría el pulso del auspex con mucha más fuerza.

-Y tampoco cuenta con nada que la impulse-, añadió Broklaw**-. Simplemente está cayendo hacia la atmósfera.**

-¿De dónde procede?-, preguntó Kasteen, volviéndose hacia la operadora, una joven cabo que no parecía muy contenta de encontrarse de repente en el centro de atención de los dos oficiales más veteranos del regimiento, por no hablar del comisario.

Dudó incomoda**-. No sabría decirlo, señora. Los insurgentes no disponen de medios aeroespaciales, por lo que la red se diseñó para concentrarse en la superficie planetaria-.** Luego, deseosa de complacernos lo más que pudiera, añadió: **Pero no estaba en órbita. Si no ha cambiado de rumbo, la trayectoria apunta a que procede de algún lugar del sistema exterior.**

-Entiendo-, comentó Kasteen mientras asentía pensativamente**-. ¿Pudiera ser que se tratara de alguno de los restos del halo un cometa?**

-Parece lo más probable-, estuve de acuerdo**-. Pero aun así podría provocar un desastre cuando impacte contra la superficie-.** Me volví hacia la operadora del auspex**-. ¿Ha estimado el posible punto de impacto?**

-En medio del océano, señor-. Señaló la pantalla, a cierta distancia del nebuloso contorno de la costa**-. Muy lejos de nuestra posición.**

-Pero bastante más cerca de esas islas-, dijo Broklaw**-. Será mejor que les avisemos. Un impacto tan grande por fuerza provocara olas bastante grandes.**

-Bien pensado-, dijo Kasteen, y se encogió de hombros**-. Al menos no nos mojaremos los pies aquí.**

-A no ser que haya más del lugar de donde vino éste-, añadí**-. Si hay una nube entera de estos objetos dirigiéndose a Traego, las cosas podrían complicarse un poco.**

-Es posible-, dijo Kasteen, y dirigiéndose de nuevo a Broklaw**-. Consulta con los puestos de vigilancia de la Fuerza de Defensa del Sistema. Deberían tener algo en órbita capaz de hacer un reconocimiento.**

-Deberían-, dije con inquietud**-. De hecho, deberían haber visto llegar esto.**

-Me pondré en contacto con ellos-, dijo Broklaw**-, y les preguntaré a qué creen que están jugando.**



Al final resultó que, básicamente, a lo que habían estado jugando era a no estar. Traego estaba muy lejos de la frontera con los t'au y de las

infestaciones orkas más próximas, así que sus recursos militares espaciales eran vergonzosamente escasos. Todo lo que tenían era un par de lanzaderas de aduanas y una anticuada Starhawk cedida por una nave de la Armada Imperial que había perseguido a una nave colmena tiránida en su huida tras la destrucción de la flota Behemoth, apenas un par de cientos de años antes, y eso solo porque había quedado tan dañada en el enfrentamiento que pocos de sus sistemas habían quedado en funcionamiento, situación que apenas había cambiado desde entonces. Por lo tanto, no era de extrañar que no se percataran de los restos entrantes, aunque una vez que Broklaw terminó de meterles el miedo al Emperador en el cuerpo, fueron lo bastante diligentes como para ser capaces de descartar la posibilidad de que hubiera más restos.

-Así está la situación en estos momentos, su excelencia-, terminé de informar a la gobernadora en persona, como exigía el protocolo. Era la primera vez que me encontraba en su despacho privado, en lugar de las áreas formales del palacio, y tengo que admitir que me impresionó la ausencia de cualquier tipo de chillona ornamentación. Todo era estrictamente funcional, desde el espartano escritorio de madera, sobre el que se encontraba una terminal de datos y algunas placas dispersas, hasta las estanterías con archivos ordenadamente apilados, pasando por las sillas reservadas para las visitas, que resultaban apenas cómodas**-. No hay de qué preocuparse.**

-Me alegra oírlo-. La gobernadora alzó la mirada de la pantalla del cogitador y me miró fijamente**-. Y por favor, puedes dejar de lado los honores. El protocolo es una completa pérdida de tiempo cuando no pululan a nuestro alrededor súbditos a quienes haya que impresionar.**

-Como deseé, señora-, dije, agradecido por haber optado por dejar a Jurgen fuera, junto al Salamander que nos había llevado hasta allí. Si mi ayudante, que consideraba los reglamentos como algo parecido a la

palabra del mismísimo Emperador, hubiera escuchado aquello, se habría enfurruñado durante días.

-Kerin, por favor-, dijo**-. Como podrá imaginar, tengo un nombre.**

De hecho, tenía una docena de nombres, y el doble de títulos honoríficos, según la placa informativa que, fiel a mi costumbre, no me había molestado en leer durante el viaje, pero estaba claro que prefería el más corto, algo que parecía estar en consonancia con el ambiente de su santuario privado.

Sonrió, mientras se preparaba para levantarse del escritorio**-. Si no hay nada más, tal vez quiera acompañarme a tomar un refresco antes de irse.**

-Eso sería... -, comencé a decir, justo antes de que ella volviera a sentarse y se inclinara hacia delante, mirando atentamente la pantalla del cogitador.

-Por la sangre del Emperador, ¿Qué pasa ahora?

-¿Ciaphas?-. La voz de Kasteen resonó repentinamente en mi comunicador***-. Acabamos de recibir una llamada de auxilio, de una de las islas. Se cortó casi de inmediato. Si todavía estás con ella, será mejor que informes a la gobernadora.***

-Creo que se acaba de enterar-, dije, mirando a Kerin, que me ignoraba y emitía órdenes a través de su enlace vox. Estiré un poco el cuello, y pude distinguir una imagen del océano donde la cabeza del cometa había impactado un par de días antes.

-Apenas había inundaciones en ese momento-, decía**-. ¿Qué ha**

podido haberlo provocado? -. La respuesta que recibió fue claramente poco satisfactoria, porque respondió enojada**-. ¡Entonces entérese y vuelva a llamar cuando lo sepa! -,** y cortó la conexión.

-¿Un ataque de los insurgentes?-, pregunté, todavía concentrado en mi conversación con Kasteen.

-Es posible-, me contestó la coronel***-, pero es poco probable. No puede haber más de mil personas viviendo en una roca de ese tamaño, y los traidores necesitan una gran población entre la que poder esconderse. Además, allí no hay nada de valor militar.***

Kerin me miraba confundida, y me detuve para explicarle lo que Kasteen me acababa de decir. Después asintió comprensivamente.

-Tiene razón, en ambos aspectos-. Luego se levantó bruscamente**-. Será mejor que vayamos a echar un vistazo.**

-¿"*Vayamos*"?-, pregunté, un tanto perplejo.

-Yo, al menos-, dijo Kerin, un poco tensa**-. Si me voy ahora, llegaré antes que los equipos de protección civil.**

-¿Para hacer exactamente qué?-, le pregunté.

Kerin me miró como si hubiera cogido el tenedor de la ensalada equivocado**-. Tomar el mando. Ese es mi trabajo-.** Debió de hablar lo suficientemente alto como para que mi comunicador vox la captara, porque Kasteen intervino al instante.

-Esa es una muy mala idea. ¿Y si los insurgentes han preparado

esto para atraerla a una emboscada?

-La coronel y yo opinamos que debería esperar-, dije, con toda la diplomacia que pude**-, hasta que podamos averiguar con exactitud que es lo que ha pasado.**

Kerin me fulminó con la mirada**-. Lo que ha pasado es que mi pueblo tiene problemas. De qué tipo sean estos me es completamente irrelevante. Es mi responsabilidad y voy a ir.**

-Entonces será mejor que la acompañes-*,** sugirió Kasteen-. En caso de que realmente sea una trampa.***

Ni que decir tiene que aquel era precisamente el motivo de mi reticencia a acompañarla. Desgraciadamente para mí, mi inmerecida reputación me ponía de nuevo contra las cuerdas.

-No tiene ni que decirlo-, le dije, mientras me daba la vuelta para apresurarme en seguir a Kerin, quién ya estaba saliendo del despacho.



No me sorprendió nada encontrar un Aquila con el blasón de la casa del Gobernador esperándonos en el tejado, pues sabía por experiencia que a los gobernadores planetarios les gusta tener a mano los medios necesarios para una salida rápida en caso de que sus vasallos se pusieran demasiado insolentes. Lo que sí me sorprendió fue que, aparte de su llamativa librea, parecía un modelo civil estándar. Las suelas de mis botas resonaron sobre el metal desnudo cuando subí la rampa de embarque siguiendo la estela de Kerin, encontrándome con que el suelo

del compartimento trasero era del mismo desnudo metal en lugar de estar profusamente alfombrado. Con la excepción de una docena de funcionales asientos, apenas más cómodos que los de un transporte de tropas estándar, y de los puntos de fijación para un par de palets de carga, el compartimento estaba completamente vacío.

-Puede quedarse aquí detrás o acompañarme delante-, me dijo la gobernadora, dirigiéndose directamente a la compuerta de la cubierta de vuelo**-. Pero si viene a la cabina, procure no tocar nada-.** Dicho esto se sentó en el asiento del piloto y comenzó a realizar las comprobaciones previas al vuelo con la misma seguridad que un piloto veterano de la Armada.

-Aquí mismo estaré bien-, le aseguré, ocupando el asiento del copiloto y moviendo la vaina de mi espada sierra para que descansara entre mis rodillas.

-¿Se ha puesto el cinturón?-. Preguntó mientas accionaba los propulsores principales sin esperar respuesta por mi parte, y la repentina aceleración me empujó contra el acolchado del asiento recordándome incómodamente la forma en que Jurgen solía conducir un vehículo terrestre. Lo que me recordó...

-Jurgen-, transmití a través del vox**-, me voy con la gobernadora. No es necesario que me espere-.** Cómo mínimo íbamos a estar fuera varias horas, y careciendo de instrucciones, no me cabía duda de que se habría quedado fuera del palacio hasta que el Salamander se convirtiera en un montón de óxido.

-Muy bien, señor-, respondió mi ayudante, con el ruido de fondo de un potente motor arrancando***-. ¿Necesitará algo más?***

-No por el momento-, dije**-. Le avisaré por vox cuando necesite que**

me recoja.

-No será necesario-. Comentó Kerin mirando en mi dirección y sonriendo, evidentemente disfrutando del temporal descanso de sus tareas administrativas. Era difícil estimar su edad, dada la tendencia de la aristocracia por los tratamientos rejuvenecedores, aunque, al igual que muchos otros que ocupaban cargos de autoridad, había optado por suspender el proceso de envejecimiento en la mediana edad, y ahora mismo tenía la expresión alegre de una adolescente traviesa**-. Puedo dejarle donde prefiera a la vuelta.**

-Muy amable por su parte-, le contesté, tratando de no anticiparme al cabreo que seguramente ello provocaría en Kasteen y Broklaw. Volví a pulsar el botón de mi comunicador**-. Estamos en el aire-,** transmití**-. Tiempo estimado de llegada...-,** hice una pausa mientras miraba las pantallas de los controles**-. Unos treinta y cinco minutos.**

-Confirme eso-, dijo Kasteen, con la misma energía de siempre***-. Nos hemos puesto en contacto con las autoridades civiles. Los equipos de respuesta a emergencias están a unos diez minutos por detrás de vosotros-.*** Lo que significaba que Kerin y yo seríamos los primeros en llegar al escenario del suceso. Genial. Especialmente si había insurgentes esperándonos con un misil perforante o dos.

-Nos acercaremos con precaución-, le aseguré, echando una incómoda mirada a Kerin, que parecía pensar que la precaución era algo una obligación para otras personas**-. Traté de volar bajo, por si acaso alguien estuviera planeando derribarnos.**

-Tenemos cubierta esa posibilidad-, me aseguró Kasteen***-. Las fuerzas aéreas locales han enviado un Vendetta para reconocer la isla; si es una trampa, no seréis vosotros quienes caigáis en ella.***

Definitivamente no, dada la potencia de fuego que podía aportar aquella cañonera pesada; cualquier hereje emboscado que estuviera al acecho quedaría reducido a una desagradable mancha incluso antes de que llegáramos. Sintiéndome mucho mejor, me giré hacia Kerin.

-¿Cómo es ese lugar?

-No tengo ni la menor idea-, me dijo**-, nunca lo he visitado-.** Se encogió de hombros ante mi desconcertada mirada**-. Pero mi gente está enviándome algunas fotos para que podamos encontrar un lugar donde descender.**

Poco después, la pantalla del navegador parpadeó y empezó a mostrar una serie de imágenes de un apacible pueblo costero, con la mayoría de las casas pintadas en colores pastel que contrastaban agradablemente con el azul del mar y la verde vegetación que las rodeaba. Después de revisar la secuencia un par de veces, Kerin volvió a poner en la pantalla los datos de navegación.

-Eso servirá. Podemos aterrizar en la plaza principal.

Como no, justo el lugar donde su llegada atraería la mayor atención posible de sus súbditos.

-¿Y qué tal un lugar más discreto?-. Sugerí, consciente del hecho de que los edificios circundantes podrían cobijar sin problemas una mirada de potenciales escondites para un francotirador al acecho**-. ¿Qué tal ese claro junto a la planta de procesamiento de pescado?**

-No sea ridículo-, dijo Kerin**-. ¿Cómo se supone que voy a ponerme al cargo si estoy al otro lado de la isla?**

Aunque carente de prudencia, tuve que reconocer que era un argumento bastante acertado. Sin embargo, no tuve tiempo de discutirlo, ya que la voz del piloto del Vendetta interrumpió nuestra conversación.

-Reconocimiento uno en aproximación final. Tengo visual...-. Entonces se interrumpió, y todo rastro de profesionalidad en su voz se evaporó como el rocío en un respiradero de plasma**-. ¡Santo Trono, ha desaparecido!**

-¿Ha desaparecido? ¿Qué ha desaparecido? -, preguntó Kerin, con cierta aspereza.

-Todo.

Miré a través de la ventanilla, distinguiendo la oscura masa a lo lejos, delante de nosotros que estaba señalada como nuestro destino, y, apenas visible por encima de ella, el punto brillante que daba vueltas sobrevolándola. Las crestas de las olas brillaban indicando la posición de un arrecife costero, que sobrevolábamos casi por encima, y luego un canal azul profundo de agua sin obstáculos que daba paso a una playa de arena; más allá, una mancha que podría haber sido los pulposos restos de un grupo de árboles.

-"*Todo*" es una descripción bastante acertada-, le informé a Kasteen. En el lugar donde debería haber estado el grupo de casas que hacía poco había estudiado, no había más que desolación**-. No veo ningún edificio en pie.**

E incluso eso era un eufemismo; más allá de unos pocos escombros dispersos, ni siquiera se veían ruinas de ningún tipo. Toda la comunidad había sido barrida de la isla como si nunca hubiera existido.

-No tiene mucho sentido buscar supervivientes.

Esperaba que Kerin discutiera mi afirmación, pero, para mi alivio, no lo hizo; supongo que no tenía mucho sentido empeñarse en ponerse al mando de algo cuando no quedaba nada ni nadie a quien mandar. Negó con la cabeza.

-Los equipos de socorro pueden hacer un reconocimiento adecuado cuando lleguen, pero visto lo visto no espero que encuentren nada-. Aumentó la potencia de los motores, ganando altitud, y pude ver una mayor superficie de la isla**-. La planta de procesamiento también ha desaparecido.**

-Junto con la mayor parte de la vegetación-, apunté.

La poca que quedaba se aferraba al perímetro de la isla, dejando la mayor parte de ella arrasada casi hasta el mismo lecho rocoso. Kerin hizo girar el Aquila en un amplio círculo, ofreciéndonos una mejor vista, y sentí un incómodo cosquilleo en las palmas de las manos.

-Lo que sea que causó esto ha barrido totalmente la isla. ¿Una especie de tsunami tal vez?

-No ha sido un fenómeno natural-, dijo Kerin con rotundidad**-. La flota pesquera habría informado de algo así.**

-¿Ha desaparecido algún barco?-, pregunté, y Kasteen respondió después de mantener una breve conversación en voz baja en el centro de mando.

-Posiblemente. Tres de ellos no han respondido a las llamadas de control de rutina, pero no fue motivo suficiente como para dar la alarma.

Kerin y yo nos miramos fijamente, llegando a la misma conclusión y esperando estar equivocados.

-¿Dónde estaban?-, pregunté.

-Les estamos enviando sus últimas posiciones conocidas a su sistema de navegación-, dijo Broklaw, tan fiable como siempre. Al momento aparecieron tres puntos en el mapa de la pantalla***-. Oh, mierda.***

Obviamente, él también lo había visto.

-Lo mismo digo-. Los tres barcos de pesca habían desaparecido en una trayectoria prácticamente recta entre la isla devastada y el punto de impacto del misterioso objeto que se había estrellado en el océano.

-Coincido-, añadió Kerin. Su dedo trazó la línea más allá, hacia tierra firme**-. Empiecen a evacuar esa ciudad de inmediato.**

-Una sabia sugerencia-, agregó Kasteen. La proyección de la trayectoria llegaba a una playa situada a apenas un puñado de kilómetros de la capital***-. Y yo les sugeriría volver aquí lo más rápido posible. Es menos probable que la población entre en pánico si la ven al mando.***

-Ya estamos en ello-, le aseguró Kerin, bajando la altura y comenzando a acelerar. El Vendetta redujo la velocidad y se situó en formación con nosotros, algo que me ayudó a respirar un poco más tranquilo al ver sus abultados módulos de armas. Fuera lo que fuera lo que había asolado la isla, al menos teníamos una gran potencia de fuego tras la que escondernos si decidía volver a intentarlo.

Cruzamos la costa casi exactamente en el mismo lugar por el que habíamos llegado, con nuestras sombras gemelas deslizándose por la arena y el agua azul oscuro de la superficie.

Mirando ociosamente hacia abajo, sentí de repente que algo me oprimía el pecho y contuve la respiración.

-¿Dónde está el arrecife?-, pregunté.

Kerin parecía desconcertada-**. ¿Qué arrecife? Aquí el agua tiene una profundidad de quizás una decena de metros.**

-Ese arrecife-. Señalé**-. El que parece estar desplazándose hacia la ciudad.**

Algo enorme y sin una forma definida, con demasiadas espinas, surgió de la superficie mientras hablaba. Reaccionando con una velocidad encomiable, el piloto del Vendetta descargó lo que debía ser todas sus armas contra el islote de color púrpura apagado, sin que, tuviera ningún efecto discernible sobre él, al menos por lo que pude ver. Un momento después, la cosa volvió a hundirse, desapareciendo de la vista en un medio de un violento remolino, que continuó agitándose y haciendo espuma durante varios minutos.

Para mi vaga sorpresa, Kerin no dijo ni una palabra, sino que se limitó a llevar el Aquila a su máxima velocidad, con rostro concentrado.



La evacuación ya estaba en marcha cuando aterrizamos. Las carreteras que salían de la ciudad aún no estaban atestadas de vehículos, aunque parecía haber más en movimiento que de costumbre, repletas de civiles que se habían apresurado a salir; la gran mayoría, sin embargo, insistiría en quedarse el tiempo suficiente para recoger a los miembros de su familia, sus pertenencias más preciadas o sus mascotas, antes de ser obligados por las patrullas de la milicia. Sólo el tiempo lo diría si aquello les iba a costar la vida, y esa fue la primera pregunta que hice cuando me reuní con Kasteen y Broklaw en el centro de mando.

-Todo depende de que sea esa cosa que has visto y de la velocidad a la que se mueva-, me dijo la coronel, de forma precisa, aunque me resultó de poca utilidad. Miró por encima de mi hombro**-. ¿No te acompaña la gobernadora?**

-Se ha ido a coordinar la respuesta de las autoridades civiles-, dije, observando el inconfundible parpadeo de alivio que cruzó su cara y la de Broklaw**-. Pero ha puesto a los militares locales bajo tu mando directo, al menos mientras dure la emergencia.**

-Excelente-, dijo Kasteen, claramente pensado, al igual que yo, que ser el chivo expiatorio designado en caso de que todo se desmoronara valdría la pena si con ello evitaba la interminable ronda de discusiones jurisdiccionales que generalmente implicaba la cooperación con las milicias locales**-. Para empezar, pasemos revista a sus recursos aéreos.**

-Estoy en ello-, aseguró Broklaw, levantando la vista de un hololito táctico, que en ese momento mostraba una imagen tridimensional parpadeante de la ciudad y sus alrededores, incluyendo, para mi sorpresa, el fondo marino y los estratos geológicos que descendían algo más de tres kilómetros.

-¿Qué es eso?-. Señalé un trío de líneas rojas que descendían desde

grandes edificios situados en las afueras de la principal zona urbana hasta desaparecer en la parte inferior de la pantalla.

-Pozos de generación geotérmica-, dijo Broklaw, estabilizando la pantalla con un ligero puñetazo, con la misma rapidez y eficacia que un tecnosacerdote, pero sin su jerigonza ni su incienso**-. Proporcionan energía ilimitada para las industrias locales.**

-Y tanto que andan sobrados de ella entonces-, coincidí. No era de extrañar que el ingravbol fuera tan popular por estos lares; la ciudad apenas notaría el prodigioso drenaje de energía que tal deporte implicaba. Me volví hacia Kasteen**-. ¿Ha habido más avistamientos de lo que demonios sea esa cosa?**

Asintió con gesto divertido **-. Algo del tamaño de un Titán de clase Emperador es bastante difícil de pasar por alto-.** Se volvió hacia el hololito y señaló un icono de contacto**-. Está en alta mar, pero no será así por mucho tiempo-.** Mientras observábamos, la mancha en movimiento se fundió con la línea que señalaba la costa.

-Tal vez se quede en la playa-, dije, más esperanzado que pensado que pudiera suceder así.

-No lo creo-, dijo Broklaw, con el tono de un hombre deseoso de dar las malas noticias lo antes posible**-. Hemos analizado las imágenes del Vendetta. Es de origen tiránido. Probablemente ha estado a la deriva en el espacio desde que el crucero *Llama Purificadora* eliminó su bio-nave hace doscientos años. Y si hay algo en lo que destacan los tiránidos, es en su capacidad de adaptación-.** Se encogió de hombros**-. Si hubiera caído en tierra, podría haber muerto por el impacto, aunque lo dudo.**

-Pienso igual-, coincidí, observando las imágenes que había mostrado.

Todavía era imposible determinar el tamaño y la forma completos de aquella cosa, pero las placas quitinosas que la blindaban estaban claramente ennegrecidas por las increíbles temperaturas de la entrada en la atmósfera; si pudo sobrevivir a eso, después de pasar siglos vagando por el helado vacío del espacio, podría sobrevivir a casi todo. No era lo que yo llamaría precisamente un pensamiento alentador**-. ¿Cuánto falta para que lo veamos?**

-No mucho-, dijo Kasteen**-. Hay un escuadrón de Vendettas en camino, preparados para bombardearlo. Los mecanos están preparando una transmisión en directo-.** Indicó a un grupo de visioingenieros reunidos en torno a una pictopantalla, que parloteaban entre sí en su jerga privada y manipulaban animadamente una maraña de cables.

Un paisaje boscoso apareció mientras la pantalla parpadeaba, pasando a toda velocidad y superponiéndose con lo que parecían datos de objetivos. Por el hecho de que no se veía ningún otro avión, deduje que la transmisión procedía del que iba en cabeza, impresión que se confirmó un momento después por la voz cortante del piloto.

-Líder Topo, en aproximación final. Misiles fuera.

Un grupo de fulgurantes estelas surgió delante del avión, a las que se les unieron muchas otras que llegaban desde ambos lados de la imagen. Fruncí el ceño.

-¿Dónde está el objetivo? ¿Detrás de esa colina?

-Eso no es una colina-, puntualizo Broklaw, un instante antes de que la imponente masa se girara, revelando una cabeza reflejo de las más locas pesadillas. Unas diminutas motas de fuego florecieron sobre ella, luego abrió la boca y abruptamente la pantalla se quedó en blanco.

-¿Qué demonios ha pasado?-, preguntó Kasteen, dirigiéndose a los mecanos. El visioingeniero más veterano se encogió de hombros.

-El equipo está funcionando dentro de parámetros aceptables. No se recibe ninguna transmisión.

-Los ha derribado a todos-, dije. Volví a la pantalla táctica. Ya no aparecían los iconos de ninguno de las cañoneras, mientras que el que identificaba el monstruo que los había derribado con tanta facilidad seguía en movimiento, dirigiéndose inexorablemente hacia la ciudad.



Lo único que podíamos hacer era intentar retrasarlo, y lo hicimos desplegando toda la potencia de fuego que podíamos utilizar, pero al final con eso no conseguimos nada más que irritar a aquella abominación. Impulsada por su propia naturaleza a buscar la mayor concentración de biomasa que pudiera encontrar, se dirigía tenazmente hacia la ciudad haciendo caso omiso a todo lo que le lanzábamos.

De cerca, la criatura era aún más intimidante de lo que cualquiera de mis visiones anteriores podría haberme preparado, asomándose por encima de los edificios más pequeños que rodeaban los muelles, iluminada al caer la noche por las llamas que se alzaban de los tanques de promethium destrozados, que había pateado a un lado tan despreocupadamente como lo hubiera hecho un niño pequeño aburrido. Me quedé sin aliento cuando su cabeza se giró en mi dirección; luego siguió adelante, ignorando la marea de civiles que huían y que pasaban por delante del Salamander en el que me encontraba, mientras una batería de Basilisks se abría paso desde los márgenes de la zona industrial, acribillando sus flancos con ineficaces ráfagas de fuego. Con

la mirada puesta en ellos, la abominación rugió y expulsó una bola de bioplasma del tamaño de un pequeño vehículo de asalto, que impactó entre las unidades de artillería, haciéndolas desaparecer al instante.

-Los informes eran correctos-, dije, esperando que la ionización, que todavía impregnada la atmosfera circundante, junto con los fragmentos de los artilleros, no bloqueara demasiado la señal**-. Es un Carnifex del tamaño de un Titán-.** Como si los de tamaño normal no fueran ya lo suficientemente malos.

-*Confirme eso*-, pidió Kasteen después de un momento, su voz empañada por la estática**-. *Supongo que eso explica la interrupción de las comunicaciones*.**

Para eso estaba allí, en contra de mi buen juicio, en lugar de seguir los acontecimientos en el hololito en la relativa seguridad del búnker de mando. Cada vez que aquella obscena criatura escupía plasma, perdíamos el contacto con todas las unidades de los alrededores, muchas de las cuales decidían rápidamente volver a desplegarse más o menos en la dirección opuesta, alejándose mientras tenían la oportunidad. Por descontado, el 597º seguía resistiendo, pero todo lo que teníamos a modo de armas pesadas eran los multi-láseres instalados en nuestros Chimeras, que, aunque eran formidables como apoyo en un enfrentamiento contra la infantería enemiga, no distaban mucho del efecto que tendría tirarle piedras y palabras obscenas al infernal engendro al que nos enfrentábamos en ese momento. Necesitábamos los Leman Russ y Basilisks de la milicia, por no hablar de los pocos cazas supervivientes que seguían luchando, y tener a un Héroe del Imperio lo bastante cerca para soltar las típicos e inspiradoras arengas a las tropas era nuestra mejor oportunidad de evitar que el resto de aquellos imberbes aspirantes a soldados salieran por patas a la primera oportunidad que se les presentase.

Tampoco se me escapaba que, en el peor de los casos, el hecho de

estar a bordo de un Salamander con el motor en marcha y Jurgen al volante, preparado para pisar el acelerador, me daría la suficiente ventaja como para marcar la diferencia en mis posibilidades de ver el siguiente amanecer.

-¡Comisario!-, me llamó una voz, y miré hacia abajo para ver a Kerin, con suciedad, sangre seca y una expresión de sombría determinación en su rostro**-. ¿Cuánto tiempo pueden aguantar?**

-¿Cuánto tiempo necesita?-, le contesté. La respuesta sincera a su pregunta era en realidad "no podemos", pero no sería político decirlo, por no mencionar que sería un poco embarazoso si resultaran ser mis “famosas últimas palabras”.

-Lo ideal sería hasta el mediodía. Deberíamos tener a la mayoría de la población fuera para entonces.

-Haremos todo lo posible-, dije, tratando de ser diplomático**-, pero dudo que eso sea una expectativa realista.**

-Entonces, ¿Cuánto nos pueden conseguir? -, preguntó ella, subiéndose a mi lado y bajando la voz a un nivel más privado, aunque los berridos de los aterrorizados civiles, el rugido del lejano infierno y el estruendo de los edificios que se derrumban la obligaron a alzarla un poco.

-Solo el Trono lo sabe-, dije, sintiendo que una muestra de honestidad se adaptaría bien a su actitud profesional**-. Somos como mosquitos tratando de guiar a un grox. Y una vez que su hambre supere la irritación de nuestros mordiscos...**

-Ya veo-. Respondió asintiendo pensativamente**-. Se dirigirá directamente a la mayor concentración de gente. ¿Podemos usar**

eso para atraerlo a una trampa?

-Posiblemente-, concedí, ocultando mi sorpresa por su aparente disposición a utilizar a sus ciudadanos como cebo**-. Pero no tenemos nada con lo que atraparlo. Pensamos en dejarlo caer por uno de los pozos de energía geotérmicos, pero no son lo suficientemente grandes.**

Por no mencionar el pequeño problema con los santuarios del Mechanicus que los rodeaban, pues sabía de buena tinta que los tecnosacerdotes tendían a no ver con buenos ojos a aquellos que consiguen que sus preciados cacharros se conviertan en daños colaterales.

-¿Qué le parece el estadio de ingravbol?-, preguntó Kerin**-. He hablado con nuestros meca-diáconos más veteranos, y creen que si desviamos suficiente energía a los repulsores podrían hacerle flotar. Y de esa forma contenerlo.**

Tal idea me pareció la peor evaluación táctica desde que Horus decidió que el Palacio Imperial sería un lugar fácil de conquistar, pero le tuve que conceder que, hasta aquel momento, era lo más cercano que alguien había llegado a un plan.

-¿Y luego qué?-, le pregunté. Incluso si, por algún milagro, aquella descabellada idea llegara a funcionar, aún nos dejaría con aquel engendro vivo y en buen estado, escupiendo plasma en todas direcciones, con lo que sólo sería cuestión de tiempo que la contención fallara.

-Entonces, nos ocuparemos de ella-, dijo Kerin**-, antes de que logre escapar. Tenemos algunas opciones.**

Bueno, yo no podía ver jodidamente ninguna, pero antes de que tuviera la oportunidad de continuar en ese sentido, la cabeza de Jurgen salió del compartimento del conductor. Al ver a la gobernadora, saludó con la cabeza.

-Pensé que debería saber que nos retiramos, señor-, dijo, antes de añadir un apenas audible**-, señora**.

Kerin le devolvió el saludo un poco aturdida, aparentemente más desconcertada por la visión de mi ayudante que por la monstruosidad que se veía a lo lejos, algo por lo que yo no podía culparla, ya que Jurgen solía tener ese efecto en la mayoría de las personas que lo conocían por primera vez. Afortunadamente, el hedor de la refinería en llamas resultó de gran ayuda, ya que enmascaró el fuerte olor corporal de mi ayudante.

-Nos reagrupáremos en la parte alta de la ciudad-, continuó Jurgen.

-Al lado del estadio-, dije, con una irónica mirada en dirección a Kerin**-. Parece que su plan cuenta con la aprobación del Emperador.**



Intervención divina o no, todo parecía estar notablemente bien cuando nos volvimos a desplegarnos. Todas las piezas de artillería que aún poseíamos estaban atrincheradas alrededor del estadio de ingravbol, y sus tripulaciones, de rostro adusto, se refugiaban en los familiares rituales de sus procedimientos de combate. Tal y como esperaba, el Bio-Titan había comenzado a moverse de nuevo, casi en cuanto dejamos de disparar, sólo frenado por los cazas que seguían dando vueltas a su alrededor, ganando el tiempo que necesitábamos a costa de las cada

vez más breves vidas de sus pilotos.

-Más vale que esto funcioné-, le comenté a Kerin, mientras los tecnosacerdotes vestidos de rojo pasaban con dificultad a nuestro alrededor, desenrollando cables tan gruesos como mi antebrazo y conectándolos a las placas de gravedad que recubrían el estadio.

Me arriesgué a echar una mirada aprensiva hacia el puerto, donde los incendios seguían sin control. La monstruosa criatura se encontraba en momento a medio camino entre aquel lugar y nuestra posición, avanzando inexorablemente hacia nosotros a través de los edificios, cuyas destrozadas ruinas iba dejando a su paso. Más hacia el interior, la masa de refugiados que la atraía seguía serpenteando hacia las afueras de la ciudad, bloqueando todas las carreteras, atascándose en puntos de estrangulamiento, y, por muy grave que fuera nuestra situación, sentí una repentina punzada de simpatía por las autoridades civiles que intentaban ocuparse de ellos.

-Aunque sigo sin adivinar qué es lo que esperan hacer con esa cosa una vez la hayan atrapado-, añadí.

-Matarlo, ¿qué si no? -, dijo Kerin con sencillez**-. ¿Qué significa perder una ciudad cuando el fin es salvar un mundo?**

-Nada, claro-, dije, y un escalofrío de aprensión recorrió mi columna vertebral al considerar sus palabras**-. ¿Qué es exactamente lo que tiene en mente?**

-El Starhawk todavía cuenta con algunos torpedos de plasma a bordo-, dijo Kerin**-. No están pensados para un bombardeo orbital, pero destruirán todo lo que se encuentre en un radio de dos kilómetros cuando impacten. Incluyendo eso-.** Dijo señalando la abominación que se acercaba.

-Y a ellos-, dije, señalando en la dirección opuesta, hacia los miles de refugiados que atestaban las calles. No había forma de escapar a tiempo del radio de la explosión; incluso yo tendría suerte si lograba llegar a ochocientos metros de allí a través de aquella marabunta, incluso contando con la forma en que Jurgen conducía**-. Estamos aquí para defender a los civiles, no para matarlos-.** Pensé que ese sería el único argumento que podría afectar a su decisión.

-Obviamente es algo que va en contra de mis principios-, admitió Kerin**-, pero es nuestra única oportunidad. Ya habría ordenado el ataque si el Starhawk no tuviera primero que maniobrar para situarse en la órbita correcta-.** Dirigió otra mirada de odio a la imponente criatura, cuyas pisadas ya empezaban a sacudir el suelo a nuestro alrededor**-. Además, no quiero que esa cosa sobreviva poniéndose a cubierto detrás de un edificio en el último momento. Lo quiero inmovilizado, donde podamos estar seguros de alcanzarle de lleno.**

-Muy encomiable-, dije, preguntándome si alguien se daría cuenta si le pegaba un tiro antes de que pudiera dar la orden, y decidiendo a regañadientes que sí, que muchos de ellos me verían hacerlo, y que el colapso de la moral que seguiría a tal acto supondría el final de cualquier posibilidad que pudiéramos tener de destruir a la bestia**-. Pero tiene que haber otra manera.**

-Créame, no la hay-, dijo Kerin**-. Pero si se le ocurre una en los próximos minutos, le estaré eternamente agradecida.**

-Comisario-. Jurgen se acercaba con una taza de recafeina en la mano, que me pasó mientras saludaba con un asentimiento de cabeza a la gobernadora**-. Pensé que necesitaría algo para recuperar fuerzas-.** Dirigió la cabeza hacia las placas de repulsión que pavimentaban el campo de ingravbol**-. Lamento que se haya derramado tanto, pero me**

quedé atrapado en la corriente de retorno cuando el sistema se sobrecargó, y la mitad salió flotando antes de que la gravedad volviera a actuar.

Acepté distraídamente lo que quedaba de la bebida que me había dado, y entonces comprendí tardíamente todas las implicaciones de sus palabras.

-Jurgen, es usted un genio-, dije.

Dejando a mi ayudante y a Kerin con la misma cara de desconcierto, me dirigí al pequeño grupo de tecnosacerdotes, gritándoles mientras me acercaba.

-¿Cuánta energía pueden introducir en esta cosa sin matarnos a todos?



-Más vale que su plan funcione -, murmuró Kerin**-, o estaremos todos muertos.**

-No más de lo que estaríamos siguiendo su plan-, dije, antes de darme cuenta de que podía parecer una falta de tacto, pero para mí alivio ella simplemente asintió.

-Al menos ahora tenemos una pequeña posibilidad-, aceptó, mientras la artillería abría fuego contra el imponente Bio-Titan. Parecía haber sido tomado por sorpresa cuando el bombardeo lo alcanzó, sin duda tan obsesionado con la masa de humanidad que pretendía devorar que había olvidado las molestias que le habíamos causado anteriormente. Se

echó hacia atrás, bramando, y escupió una lluvia de plasma casi al azar, que afortunadamente no alcanzó a la mayoría de sus atacantes. Pulse el activador de mi comunicador, que ahora crepitaba por la estática.

-¡Sigan disparando!-, ordené, aunque no estaba seguro de que nadie pudiera oírme**-. Está funcionando.**

Y realmente parecía que así era. Al tratar de apartarse de los molestos proyectiles y misiles que estallaban contra su caparazón, la cosa tropezó contra el lateral del estadio, reduciendo la mitad de las gradas a cascotes. Trozos de hormigón rocoso del tamaño de mi cabeza se esparcieron a nuestro alrededor, y empecé a preguntarme si, después de todo, no habría merecido la pena haber tratado de huir.

Entonces, la imponente criatura se giró y comenzó a retroceder tambaleándose hacia el espacio abierto en la estructura que la rodeaba.

-Se está escapando-, gritó Kerin, llevando la mano a su vox personal**-. Tendremos que esperar que el torpedo sea suficiente sin inmovilizarlo.**

Si ella daba la orden, estábamos a minutos de la muerte. Sin ni siquiera pensarlo, me subí al Salamander aparcado y presioné el gatillo del bolter pesado montado en la torreta superior.

-¡Mantenedlo dentro!-, grité, probablemente sin hacer ningún favor a nadie en el circuito de comunicaciones, y abrí fuego contra la pierna del tamaño de edificio que tenía delante. La mayoría de las piezas de artillería sólo tenían una línea de visión hacia su cabeza y la parte superior del cuerpo, pero de todas formas respondieron disparando a voluntad, salpicando el cuerpo de la criatura con brillantes explosiones.

-¡Estoy con usted, señor!-, me aseguró Jurgen, encendiendo el motor,

y avanzando a toda velocidad mientras disparaba el bolter y el lanzallamas montados en la parte delantera del pequeño y robusto vehículo. Conociéndolo tan bien como yo, me preparé para el inevitable impacto.

Aparentemente tomada por sorpresa, la abominación retrocedió cuando el Salamander se estrelló contra su pierna. La barrera de protección transparente que delimitaba el área de juego se hizo añicos por el impacto de una gigantesca espinilla, y la abominación se tambaleó hacia el centro del estadio, rugiendo su frustración y desafío.

-¡Ahora!-, grité, gesticulando salvajemente en dirección a los visioingenieros que manejaban la terminal de control, y empezaron sus rituales, cerrando de golpe los interruptores, agitando los incensarios y entonando sus arcanos galimatías. Las energías se dispararon y el monstruo volvió a rugir, retorciéndose en el aire cuando la gravedad se invirtió. Esta vez el rayo de plasma que escupió chisporroteó hacia el cielo, dispersándose inofensivamente.

Abandonando nuestro vehículo averiado, corrí hacia los mecanos, con Kerin pisándome los talones.

-Se ha estabilizado-, nos informó el más veterano de ellos, con un temblor de excitación que se abría paso a través del monótono tono de su vox**-. Pero el consumo de energía está fuera de escala.**

-Pongan en marcha las otras dos plantas de energía-, ordenó Kerin, y el tecnosacerdote dudó.

-La probabilidad de un fallo catastrófico es...

-¡No es mi problema!-, la espetó la gobernadora**-. ¡Hágalo!**

-Como quiera-, respondió el tecnosacerdote, dejando en el aire, de forma inaudible, el "pero no digan que no se lo advertí". Sentí que el aire que nos rodeaba vibraba, agitando mis cabellos, mientras las descargas crecían en tamaño e intensidad.

-¡Sigan disparando!-. Vociferé a través de la bruma de la estática**-. ¡Continúen distrayéndole! -.** Y los artilleros obedecieron voluntariosos, con nuevas salvas de proyectiles estallando por todo el horrendo cuerpo de la monstruosidad. Me volví hacia Kerin, sin atreverme a esperar**-. ¡Trono de Terra, está funcionando!**

-Creo que sí-, dijo ella, y el ánimo empezó a teñir su voz. La monstruoso masa de la criatura se estaba elevando, ascendiendo a la altura de la parte superior del estadio, y seguía flotando hacia arriba.

-La planta tres se pone en marcha ahora-, dijo el tecnosacerdote, casi desapareciendo detrás de una tormenta de rayos en miniatura, y el Bio-Titan empezó a elevarse más rápidamente, el bombardeo que lo acribillaba comenzó a disminuir a medida que las tripulaciones de los cañones se iban quedando sin munición**-. Fallo crítico de los sistemas en tres minutos y veintisiete segundos.**

-¿Será suficiente?-, preguntó Kerin, y yo asentí.

-Más nos vale que así sea-, dije. Volví a activar mi comunicador vox**-. ¿Lo teneis en el auspex?**

-*Sí*-, confirmó Kasteen**-. *Debería alcanzar una altitud segura en unos dos minutos.***

Miré hacia arriba y no vi nada durante unos instantes; luego, el cielo

nocturno fue desgarrado por otra ráfaga de plasma, que se descargó inofensivamente contra una ladera lejana.

-No parece muy contento que digamos-, dijo irónicamente Kerin.

-Dentro de un par de minutos estará mucho menos contento-, respondí, esperando tener razón.

En el momento justo, una nueva voz nos llegó a través de la frecuencia de mando**-. *Starhawk uno, objetivo adquirido. Disparando ahora.***

Esperamos en tensión durante lo que pareció una eternidad; entonces, el cielo nocturno se abrió de repente, y una fulgurante y efímera estrella surgió de la nada. Parpadeé, mientras unas vívidas manchas verdes danzaban en mi retina.

-*Objetivo destruido*-, confirmó Kasteen, con inconfundible satisfacción.

Kerin miró el destruido estadio y frunció el ceño.

-Bueno-, dijo, después de pensarlo un momento**-, nos han fastidiado las semifinales.**

FIN

SOBRE EL AUTOR

Sandy Mitchell es el autor de una larga serie de novelas de Warhammer 40.000 sobre el Héroe del Imperio, el comisario Ciaphas Cain, así como del audiodrama “*Muerte en el agua*”. También ha escrito una gran cantidad de relatos cortos, como "*Un buen hombre*" en la antología Los Mundos de Sabbat, además de varias novelas ambientadas en el mundo de Warhammer. Vive y trabaja en Cambridge.



